

# ACUSACION DESDE LA MUERTE

**E**L presidente de la Diputación de Vizcaya y dos miembros de la Guardia Civil han sido las más recientes víctimas del contubernio político entre Suárez y Carrillo. Mientras ambos, pactantes reiterados a espaldas del pueblo y de las urnas, aprisionaban a los restantes partidos en su red, la ETA pretendía pescar con cargas de profundidad. Los disparos de ETA, cuya decisión atacante fue anunciada veinticuatro horas antes, volcaron la sangre de estos patriotas sobre el tapete del pacto propuesto por el señor Suárez para tapar su incapacidad de gobernante.

¿Pero cuál es la respuesta de nuestros políticos, sin distinción? Suscribir un topiquero documento de condena y tomar amigablemente el aperitivo. Está claro que la fría, estúpida o conspiratoria insensibilidad de nuestros políticos (cada cual haga el reparto según sus criterios) nos conduce sin remedio hacia más sangre. Dicen algunos que la historia no se repite. Pero iguales causas producen iguales efectos. Los protagonistas de la farsa de los años treinta están de nuevo aquí, con sus asesinos más ilustres a la cabeza. ¿Puede esperarse que, cuando los más inhumanos de entre ellos son exaltados, son lisonjeados, son recibidos con guirnaldas y reconocidos como demócratas insignes, alguien pueda imaginar que en España se pagan los delitos contra la vida, contra el honor, contra la soberanía, contra la libertad y contra la Patria?

Apenas si la grosera trampa salva-Suárez había logrado acallar los ecos lastimeros y los falsos cantos reconciliadores de la amnistía trajinada en la Cámara de Diputados, cuando la verdad de la conspiración se ha hecho patente en nueva sangre. Pero esta vez los tópicos quejumbrosos de lamentación y las vagas coartadas farisáicas en nombre de una democratización inexistente, han sido barridas por la voz implacable con que los muertos acusan. Si en la mañana enlutada en un domingo agónico para España, en hiriente víspera del "Día de la Raza", la lógica política funcionase, a estas horas el señor Suárez habría pasado ya por el palacio de la Zarzuela para poner en manos del Monarca la responsabilidad de una gobernación que ni él ni sus ministros han sabido ejercer, y a estas horas, tendría en sus manos una terna desde la que intentar recomponer el desastre y avanzar de verdad hacia la democracia, en vez de hacia la revolución.

La carta de Augusto Unceta Barrenechea está ahí, a la vista de todos los españoles atónitos y sobrecogidos. Está ahí, como una acusación imborrable, como una condena que viene desde el incensurable e inenmascarable Más Allá. Nada podrá ocultar ni disimular su tremenda denuncia. Ni tan siquiera la triste prestación que en estos mismos instantes está haciendo el profesor Fuentes Quintana, mediante la lectura del pacto de la Moncloa, en el que nadie puede creer, porque se trata sólo de una cobertura oportunista a la desenfundada pasión de poder del señor Suárez. Causa pesadumbre asistir al lastimoso espectáculo de ver a un hombre de tan gran talla, a un hombre que era una esperanza nacional, convertido en telonero de una lamentable representación política, cuyo final es ya, presumiblemente, la catástrofe. Su voz, tan admirada, tan doctoral, tan amiga, suena esta noche a hueco a través de las pantallas de televisión. El profesor Fuentes Quintana lee con timbre monocorde, en falsete, sin convicción, el parte de que el *compromiso histórico* ha sido consumado y que Santiago Carrillo, el agente de la mayor potencia del mundo y del más despiadado enemigo de España, ha triunfado en toda la línea. España es ya sólo un cuerpo inane, una piltrafa, con música callejera de fondo: "Fascistas, burgueses; os quedan dos meses".

¿Y la otra España? ¿Y la España que sufre, que muere y que pierde? ¿Y la España en que se presumía se celaban el honor, la dignidad, la independencia, la soberanía, la verdad, el valor...?

Hay una respuesta lacerante, irrefutable, en la carta que providencialmente nos ha legado Augusto Unceta Barrenechea. Es ésta, sobre cuyo texto escueto debemos decidir ya mismo si nos salvamos en la dignidad o nos hundimos en la indignidad: "En 1977 no se desea ser valiente, porque ya se sabe dónde se acaba".

Y concluyo con la frase desgarrada que la mano ácrata ha escrito sobre un muro de la Universidad Complutense. ¿Es la noticia de donde estamos o una acusación razonable que viene desde la frontera última del desprecio? Dice así: "Diez millones de moscas no pueden equivocarse. Comamos mierda".